

200 gramos de futuro

Para empezar, el moderador, David González, propone una improvisada encuesta a mano alzada, asamblearia. '¿Cuánta gente lee en papel?'.

Aunque la estadística diría que alguien miente, todo el auditorio levanta la mano. '¿Y cuánta gente ha tocado un libro electrónico?'. Moderador y ponente se sorprenden. Más de la mitad.

Y es que neófitos y especialistas se entremezclaron ayer entre el centenar largo de personas que respondió a la llamada del libro sin título, a la relectura colectiva del futuro editorial que Artium propone, también hoy, en Experiencia e-book: del papel a la pantalla, unas jornadas con sabor a congreso, llenas de realidad que se escurre entre los dedos. Como el tiempo.

Para empezar, el ponente Juan González echa a perder trípticos, página web y demás campaña promocional. Si hablamos de contenidos, el director general de Grammata, una de las empresas que apuesta por estos dispositivos de lectura, prefiere llamarlo e-reader. El e-book responde para él al capítulo de contenido. Y en este momento de la coyuntura editorial, lo que llama la atención a todos es el continente.

Por eso las jornadas comienzan con una demostración in situ, palpable, de los dispositivos. Recién desprecintados por David y Juan, pasan de mano en mano mientras el último desentraña sus claves más básicas. Y son muy básicas, a nivel usuario. Elección de textos, paso de página, cambio de tipos de letra...

Poli bueno, poli malo, los dos ponentes se ponen el traje divulgativo. Y Juan González enmarca ya su primer lemaforismo. Lleva diez años buscando 'algo tan útil como el papel'. Los más Gutenbergistas tiemblan y, al poco tiempo, el libro electrónico llega a sus manos. Pues no muerde. Ni da calambre...

¿Y por qué no empezar por eso, por sensaciones físicas? David pregunta. '¿Cansa la lectura?'. La innovación de la tinta electrónica -la luz le conviene, no como a las pantallas de móvil- acabó con ese problema. Y es que el libro electrónico -llamémoslo así- está en ese momento de impass en el que las innovaciones se suceden como hojas de calendario. Todo cambia. Hasta que todo el mundo tenga uno. 'Hasta que se vendan 50 millones', avisa Juan, que confiesa sentirse, desde hace años, como un predicador en el desierto. 'Miradlo como el teléfono móvil hace veinte años, éste es el primer dispositivo de lo que está por venir'.

A veces la casualidad porta señales. El primer libro seleccionado para la demostración -¿al azar?- es De la tierra a la luna, de Julio Verne, que se instala en la pantalla gigante desde la que la platea sigue las explicaciones. Probablemente el visionario de la literatura aventurera hubiera escrito otro best-seller de haber nacido -más o menos- 150 años más tarde. Con permiso del Bradbury de Fahrenheit 451, claro.

Pero no nos perdamos entre líneas. Aferrémonos a las cifras como lastre para no intuir siluetas entre las nubes. 220 gramos de peso nos devuelven al presente. Es lo que pesa el ejemplar de libro electrónico que pasa de mano en mano, de mirada en mirada, con sus 900 horas de autonomía y su gasto de 0,7 milliamperios por hora. 'Sólo gasta batería cuando pasas de hoja', explica Juan. Cuando se pasa de hoja... con el botón, claro.

Entonces David -poli malo- aprovecha la oportunidad y saca a relucir el universo emocional. '¿Se pierde el gesto de humedecerse el dedo?', lanza. Y buena parte de la platea -apreciación personal- recuerda El nombre de la rosa. Versión libro. O versión cine. ¿Habrá ya versión e-book? Juan lo reconoce. Se pierde el concepto de página -adiós a los vendedores de marcadores-, pero también se elimina la mochila de Sísifo de los escolares. Se elimina, en presente. Porque el libro electrónico se conjuga ya. En abril, nueva avalancha de dispositivos. 'Y en 2011 pasaremos esa medida de 50 millones', vaticina Juan el Evangelista -qué propio-, con las editoriales 'convencidas ya desde hace meses de que tienen que entrar en el medio digital'. Con 400.000 libros 'accesibles' -y aquí el cartucho de tinta se descarga irónico- a través de Internet.

Juan lleva dos años 'diciendo que viene el lobo'. Y llega el turno de preguntar al profeta. Desde la platea, se le interroga por el tamaño -no ideal para partituras-, por la aplicación a la táctil literatura infantil, por la biblioteca disponible... O por el paso de página, cronometrado en dos segundos. 'Me desespera la lentitud', confiesa una lectora. 'Llegará a ser un parpadeo anecdótico', responde Juan, leyendo en el tiempo que está por venir.

Ese tiempo que cuentan los periódicos con sus 5W, mientras Juan propone sus evolutivas 5P. 'Piedra, papiro, pergamino, papel... en un principio lo llame pizarrín, pero he acabado por bautizarlo papel electrónico'. Los especialistas toman la palabra al final de la charla, cuando el ponente ya ha calentado la húmeda, y se suceden marcas, avances de pantalla, ventas... Temas con la diana específica de la actualidad, de la suscripción al boletín especializado, de la sed de novedades... Y se siente en el aire que el libro electrónico está en maternidad, con la cabeza fuera y los pies a punto de tomar tierra definitivamente.

Tomar tierra en librerías -ahora se hospeda más baldas de electrodoméstico-, en bibliotecas públicas -ya se presta en la vecina Muskiz- o en hogares, compitiendo con las funciones extras de iPad y demás tablets -en lenguaje de inspector Gadget-, que buscan sendas paralelas. El libro pasa página. Luce nuevo traje. La efímera encuesta se va a la basura. Vale, a la papelera de reciclaje. 'Que la gente lea', desea Juan. Artium propone unas líneas. Del libro al e-book, diría Verne.